

«El arte nos ayuda a pensar contrafactualmente»

ENTREVISTA A DORIS SOMMER

POR FERNANDO BALSECA

Transcripción: Sofía Tinajero Romero



La profesora Doris Sommer visitó la Universidad Andina para cumplir algunas actividades académicas ligadas con el Programa de Doctorado en Literatura Latinoamericana y varios talleres sobre el mejoramiento de la escritura. Es profesora de lenguas y literaturas románicas y de estudios africanos y afroamericanos en la Universidad de Harvard. Dirige la iniciativa de agentes culturales. Es autora, entre otras obras, de *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina* (1991), y *El arte obra en el mundo, cultura ciudadana y humanidades* (2014).

¿Cuál es el lugar de las humanidades en medio de un mundo que valora, sobre todo, la renta y la ganancia? ¿Qué papel pueden jugar en esto las universidades?

A mí me preocupa francamente el papel de las humanidades hoy en día en las universidades porque se ven menos importantes de lo que deberían ser. Y por dos razones. Por una parte, la gente dedicada a las ganancias, pero también la gente dedicada al desarrollo social desde un punto de vista de científicos sociales, ven las humanidades, las artes en general, la crítica en torno a las artes, que son las humanidades, como una cosa agregada y poco necesaria. Y eso sacrifica el aporte muy importante de las humanidades que es la capacitación en el juicio.

Emmanuel Kant, al principio de la Ilustración europea, nos enseñó que la razón no basta para ser libres. Si uno utiliza solamente la razón, se queda sobre un carril, descubre la verdad, descarta la mentira, pero no tiene libertad de pensamiento. No tiene que abordar cosas que todavía no tienen respuesta. Para ser libres, para abordar cosas que no tienen respuesta todavía, uno necesita el juicio. Y el juicio se capacita, se entrena solamente a través de la estética, de pensar las cosas de otra manera, porque si no pensamos en cosas que no tengan importancia económica, moral, política, etc.,



no podemos ser libres. Perder nuestra ancla como universitarios en las humanidades es perder nuestra facultad del juicio, perder nuestra libertad, perder la oportunidad de entablar conversaciones con gente de distintas clases, de distintas razas sin prejuicios.

Me preocupa sobremanera la impaciencia de los que no seamos humanistas con el humanismo. Y me inquieta también la poca responsabilidad que tenemos muchos humanistas frente a la labor cívica. Los humanistas defienden su irresponsabilidad, su absoluta libertad. Así, de ambos lados, vemos que las humanidades no tienen un papel importante para la sociedad y vamos perdiendo cancha, vamos perdiendo programas de literatura, vamos perdiendo presupuesto.

Estoy feliz de estar aquí con ustedes, celebrando el primer doctorado del programa de literatura en esta universidad distinguida, destacada a nivel regional. Y quiero apoyar el futuro que debemos de tener en este campo tan importante y tan poco apreciado hoy en día.

Has estudiado extensamente las novelas del siglo XIX latinoamericano y has publicado un libro que cualquier estudioso que quiera pensar esto necesita leer incluso para discutirlo, para ir más allá de tus tesis. En suma, ¿qué podemos aprender hoy de esas narraciones del siglo XIX? ¿Cómo podemos leerlas hoy en esta perspectiva del humanismo del que estamos hablando?

Lo que hace falta, y mucha falta hoy en día, es una nueva educación sentimental. ¿Qué hicieron las novelas nacionales en su época? Sedujeron a los lectores a desear de otra manera. Un deseo convencional durante toda la Colonia era el deseo de ser aristócrata o de relacionarse con ellos. Ser hidalgo, ser alguien que no tuviera que trabajar, por ejemplo. Y las novelas nacionales tenían que capacitar al nuevo ciudadano que había sido sujeto de un rey y en ese momento era ciudadano, para desear otras cosas, desear trabajar, desear ser productivo, no reproducirse, sino mirar hacia un futuro. Y, para ser eso, uno necesitaba dejar de desear al

“

Para ser libres, para abordar cosas que no tienen respuesta todavía, uno necesita el juicio. Y el juicio se capacita, se entrena solamente a través de la estética, de pensar las cosas de otra manera, porque si no pensamos en cosas que no tengan importancia económica, moral, política, etc., no podemos ser libres.

”

aristócrata o la aristócrata, y empezar a desear a la vecina, de clase humilde, de otro color, no importa, pero que fuera una compañera productiva, amable, amada, por ella y no por la conveniencia económica política. Las novelas nacionales son una nueva educación sentimental, y por eso Flaubert le dio ese título a una novela importante, porque tenía el mismo tema. Un joven enamorado de una aristócrata, casada además, según la buena usanza europea. Tenía que aprender de su amigo cómo buscar una pareja de verdad. Y esa es la novela decimonónica: para crear un país republicano de ciudadanos.

¿Qué hace falta hoy en día? No desear la misma pareja que a todo el mundo le parece bien, porque las novelas nacionales suponen que todos debemos tener el mismo deseo. Hoy hace falta imaginar un país multicultural, multiétnico, multilingüístico. Tenemos que desarrollar un deseo por la diferencia, por la zozobra, por estar en ámbitos donde no entendamos todo.

Publiqué un libro que se llama *La estética bilingüe* para celebrar el apreciar el efecto sublime cotidiano de estar en un lugar donde no se entiende todo. Y, por eso, es interesante. Quiero hacer un seguimiento al pensamiento decimonónico, al pensamiento del siglo XXI, como una propuesta de una nueva educación sentimental que celebre y aprecie los ámbitos heterogéneos.

Hemos reconocido incluso con la investigación doctoral de César Eduardo Carrión, en esta Universidad, que hay muchas novelas del siglo XIX, pero sin duda, las más conocidas y las más estudiadas son *La emancipada*, de Miguel Riofrío, y *Cumandá*, de Juan León Mera. Los ecuatorianos que estamos inmersos en el campo de estudios literarios tenemos una clara conciencia de la importancia de estas novelas, que están en algunos espacios escolares, integradas al canon de estudios a nivel secundario. ¿Qué pueden los ecuatorianos aprender o extraer como lección de estas novelas?

Esa es una pregunta más bien para ustedes, no tanto para mí. Después de nuestra conversación sobre *La emancipada*, se me ocurrió trabajar con las primeras páginas en el taller que vamos a hacer el lunes. Porque veo que es una novela conocida, pero no muy leída. O sea, seguramente se lee mucho *Cumandá*, y es una novela que todavía vale mucho la pena leer. Pero *La emancipada*, como no llegó a ser hegemónica, y no se aprecia como novela contestataria, precisamente porque los perdedores se pierden también ellos, los perdedores en las contiendas políticas, yo dudo que se conozca muy a fondo. Pero dime tú, ¿se lee mucho o se habla de ella?

Se habla de ella, no creo que...

Entonces leámosla en nuestro taller, unas primeras páginas de *La emancipada* y después podremos responder.

Estás ahora empeñada en este trabajo que se inscribe en esta idea de los agentes culturales, empeñada en trabajar desde tu posición en la universidad para mejorar la calidad de la educación básica, fundamentalmente, en sectores más amplios, más populares. ¿Cómo se justifica este trabajo, qué

busca este taller Pre Textos, del cual formas parte? ¿De qué está inspirada esta tarea de volver los ojos a la educación básica?

Es una decisión sobredeterminada. Voy a entrar a la respuesta desde distintas puertas. Primero, yo soy producto, y agradecida, de la educación pública, hasta el doctorado. Tengo un doctorado de la Universidad de Rutgers. Es la universidad estatal de New Jersey. Nunca he ido a una escuela privada. Yo sé que la educación pública puede funcionar, porque me ha regalado la curiosidad, el interés, la disciplina, el ahínco que me han permitido ser maestra universitaria. Una deuda es una respuesta.

Otra respuesta es mi conciencia, mi conocimiento de un problema muy agudo en Estados Unidos, y seguramente en muchos países. Pero yo conozco una estadística que no me deja dormir. Los niños varones minoritarios, mayormente negros y latinos en Estados Unidos que no saben leer

hasta los ocho años —o sea, tercer grado— van a acabar en la cárcel. Es decir, la industria carcelera, cuando quiere predecir cuántas celdas y cuántas camas van a hacer falta en diez años, hacen la cuenta de los niños de ocho años que no leen. ¿Qué responsabilidad nos atañe ahí a todos? Todos los que sabemos leer y escribir, ¿qué debemos hacer? Debe ser una misión colectiva, como lo supieron hacer los cubanos y los nicaragüenses en su momento. Campañas de alfabetización masiva. Esa es otra respuesta.

Una tercera respuesta es que también soy beneficiaria no solamente de la educación pública en Estados Unidos, sino beneficiaria de una educación latinoamericanista, donde he aprendido de grandes maestros latinoamericanos, de Paulo Freire, de Antanas Mockus, de muchos. Cómo enseñar, cómo ser mejor ciudadano... lo he aprendido de prácticas populares, cómo hacer leer cuando la gente no se interesa en leer.

“

Cuando uno convierte el aula de clase en taller de artistas, y uno usa un texto difícil como punto de partida, como materia prima para hacer obras de arte, todos los niños, todos los jóvenes y todos los adultos van a crear cosas distintas.

”



Simplemente leyendo en voz alta. De las fábricas de tabaco donde los mismos trabajadores se encargaban de leer. De las editoras cartoneras donde la gente hace libros, buenos, bonitos y baratos, con basura; libros de excelente nivel. De la Literatura de Cordel en Brasil, donde la gente publica sin nada. O sea, yo he aprendido cómo enseñar mejor de excelentes prácticas y maestros latinoamericanos. Esas mismas prácticas y teorías latinoamericanas nos ayudan en Harvard a capacitar a los maestros de Harvard. ¿Cómo no devolver algo de esos regalos a los pueblos que nos han aportado los regalos? Hay muchas respuestas y podríamos multiplicar las respuestas. Y quizás voy a dar una tercera. Si nosotros en las universidades nos quedamos en la burbuja privilegiada de vivir aquí, rodeados de intelectuales, de bibliotecas, y no salimos a hacer un aporte a los pueblos, ¿qué justificación tenemos? ¿Qué hacían los próceres? No se quedaban contentos hablando los unos con los otros. Hacían programas de educación, hacían leer en voz alta en las pulquerías. Tenían que multiplicar el saber, porque, si no, no había país.

Los profesores universitarios deberían proponerse también la tarea del servicio, y no solamente en la mejor preparación de sus clases, sino también devolver algo a la comunidad. En esta línea, ¿qué hay en la literatura, en particular, en las artes, en general, que permitirían la formación de mejores ciudadanos, la posibilidad de construir una mejor democracia, y por qué las autoridades y los gobiernos tendrían que dar la atención a las artes y a las humanidades?

Puedo responder aquí muy brevemente: es que el arte quiere decir hacer cambios. Sin arte no hay cambios. El arte quiere decir pensar de otra manera, refrescar perspectivas. Cómo va uno a hacer cambios si no piensa de otra forma. Yo recuerdo que algunos filósofos criticaron a Antanas Mockus, el exalcalde de Bogotá que es uno de mis maestros más importantes. Le dijeron: «Usted está pensando contrafactualmente». Y Antanas decía: «Pues, sí. Si uno no piensa contrafactualmente, cómo llega a cambiar

nada». Y el arte nos ayuda a pensar contrafactualmente. Y, después, como los científicos en el proceso de ensayo y error, llegar a ver qué funciona y qué no funciona. Esa es una respuesta breve. Otra respuesta que se conecta con Pre Textos, con el programa de pedagogía, es que cuando uno convierte el aula en taller de artistas y uno usa un texto difícil como punto de partida, como materia prima para hacer obras de arte, todos los niños, todos los jóvenes y todos los adultos van a crear cosas distintas. O sea, la concordancia, la confluencia sobre una respuesta correcta, cuán lejos nos lleva eso. Cuánta libertad hay ahí y cuánta innovación. Pero cuando todos sacamos un baile distinto, un dibujo distinto, una canción distinta, somos admirables los unos para los otros. No nos toleramos; nos admiramos. Cuánto ayuda eso a construir una sociedad civil. Porque la base de la ciudadanía —eso también lo aprendí de Antanas— no es la tolerancia, es la admiración.

Esta ha sido una conversación que ha sido también una experiencia de aprendizaje. Gracias, Doris. Tu presencia en la Universidad Andina en Quito va a tener repercusiones inmediatas en este compromiso de las universidades de buscar vínculos con espacios sociales más amplios, en la perspectiva de producir efectos concretos.

